

la restitucion del rey Enzo, y tambien el de los Foscherari, construido en 1289 con bajos relieves muy toscos: mas allá está el sepulcro de Tadeo Pepoli, representado por el Veneciano Jacobo Lanfrani en el acto de administrar justicia al pueblo. En la catedral de Sessa hay un magnífico púlpito construido sobre seis columnas de granito, con hermosísimos capiteles y adornado de mosaicos como los dos de Salerno, y un candelabro de extraordinario trabajo, que su inscripcion lo atribuye á un peregrino cuyo nombre nadie sabe, entre los años 1224 y 1283 (1).

Nicolas
de
Pisa.
1270.

Pisa nos presenta tentativas de mayor habilidad. Giunta habia formado allí una excelente escuela, de la cual salió Nicolas, quien admirando la caza de Meleagro, representada sobre una pila antigua, puso tal cuidado en imitar aquellas perfecciones, que superó á los demas artistas. En esta ciudad se admiran las figuras del púlpito de San Juan, á pesar de sus muchos defectos de dibujo (2); en San Martin de Luca hay un descendimiento de la Cruz, y en Siena otro púlpito octógono dirigido con gusto y cuidado, riquísimo en figuras, con leones bien estudiados, y entre otras cosas, un juicio universal que por primera vez está tratado con toda extension, si bien no auxiliado con la lectura del Dante; pero donde se aventajó á sí mismo, fué en el sepulcro de Santo Domingo de Bolonia, tal vez del año 1260 (3) que tiene una sobria composicion. Tambien trabajó con otros en la magnífica catedral de Orvieto, en la que se ejercitaron los mejores pinceles y cinceles de aquel siglo, y de donde Bonifacio VIII sacó artistas para San Pedro de Roma, entre los cuales se cuentan Agustin y Ángel de Siena (4). Nicolas dió muestras de su sabiduría arquitectónica en el convento de religiosos menores de Florencia y en el del Santo de Padua.

No rebajó la gloria paterna su hijo Juan, como se experimentó en muchas partes, y singularmente en Perugia, ya en el mausoleo de Benedicto XI, ya en la hermosa fuente historiada de tres receptáculos sobrepuestos, de los cuales el inferior descansa sobre una base de doce gradadas, todo adornado con ninfas y grifos de bronce, y que costó ciento sesenta mil ducados. En su patria trabajó en el templo de Santa María de la Espina, verdadera joya de un diminuto artificio gótico. Por este tiempo fueron á Palestina cincuenta galeras de la república para socorrer á Federico Barbaroja, las cuales volvieron cargadas de tierra de aquel país, preciosa para los

(1) Munere divino deus et laus sit Peregrinus, Talia qui sculpsit: opus ejus ubique refulsit.

(2) Por aquel trabajo cobraba ocho sueldos diarios; cuatro su hijo Juan y seis los otros discípulos.

(3) La cronología de estas obras está encomendada por ROSINI, *Storia della pittura italiana esposta coi monumenti*. Pisa, 1810. — Véase tambien á VIRGILIO DAVIA, *Memorie storico-artistiche intorno all' arca di San Domenico*. Bolonia, 1838.

(4) Sobre la fachada de la catedral de Siena hay adornos y estatuas de Juan de la Guercia del año 1339.

devotos, y á fin de que pudiesen al ménos tocarla y reposar sobre ella aquellos á quienes no era posible pasar á Siria, resolvieron formar con esta tierra un cementerio. Juan adoptó la forma de un claustro, desnudo por fuera, y oblongo como un féretro, con pilastras cuadradas que sostienen arcos redondos y cerrados, sobre los que corre un cornison. Por dentro está rodeado este campo santo de un pórtico que se extiende á cuatrocientos cincuenta piés, con ventiseis arcos en los lados mayores, cinco en los menores, bóvedas redondas, pero con entallados y arquitos góticos, todo de mármol blanco. Fué acabado en 1283, y allí se reunieron sarcófagos, inscripciones y otras antigüedades, cual si fuese un museo; despues fué hermoseado por los mejores pintores de los siglos sucesivos, tanto que en él se puede seguir la serie de los artistas italianos. Carlos de Anjou llamó á Juan para construir el Castelnuovo de Nápoles, despues delineó las fachadas de las catedrales de Siena y Orvieto, y trabajó tambien un bellissimo mosaico para el altar mayor de Arezzo. En 1304, Andres de Pisa principió el arsenal de Venecia, el monumento mas glorioso y mas útil de aquella ciudad, así como hoy es el mas digno de compasion.

Tampoco se habia perdido el arte de fundir los metales.

El abate Desiderio de Monte Casino, viajando en 1062, vió concluidas por un tal Andres las puertas de bronce de Amalfi; Pantaleon de Viaretta mandó hacer en 1087 las de San Salvador de Atrani; diez años ántes puso Roberto Guiscardo las de la catedral de Salerno, toscas en verdad y semejantes á las de los primeros siglos; pero se quemaron hace poco tiempo en San Pablo de Roma; otra hay en Canossa que cierra el sepulcro de Boemundo, rey de Antioquia; dos en la catedral de Tróyes, que datan de los años 1119 y 1127; en 1150 se fundian las de San Bartolomé de Benevento, y otras en Rabello y en Trani, diseñadas por Barisano, natural de esta última poblacion. Las que Buonanno de Pisa puso en 1180 á la primacial de su patria, fueron destruidas en el incendio de 1596 (1), pero nos quedan de sus manos las que hizo seis años despues para la catedral de Monreal, con dibujos muy notables. En 1191, el abate Gioele las colocaba en San Clemente, doce millas de Chieti; á los cuatro años Huberto y Pedro de Plasencia acababan las de la capilla Oriental de San Juan de Letran, y poco despues Marchione las de San Pedro de Bolonia, y Nicolas Pisano en 1232 las de San Pedro mártir de Luca.

Tambien se trabajaron en aquel tiempo las puertas de bronce del atrio de San Márcos; pero la de la derecha es anterior, y tal vez quitada de Santa Sofia de Constantinopla, ataraceada de varios metales, con figuras, santos y caracteres griegos. La puerta de en medio es una

(1) Rosini duda del autor y del tiempo, atendiendo á que son muy toscas, pero él no vió las de Monreal.

imitacion, la cual fué quitada por orden de Leon de Moino, procurador de San Márcos en 1112. Las puertas exteriores pertenecen al año 1300 y á un tal Bertuccio, que tenia escasa maestría. Se atribuyen, y con probabilidad á artistas italianos, las que se fundieron para Novogorod, tanto se parecen á las nuestras. En 1330 hizo Andres Pisano las de San Juan de Florencia con altos relieves, distribuidas en varios compartimientos que forman otros tantos cuadros de maravillosa belleza, y fabricadas á fuégo de horno por maestros venecianos. Celéstino II regaló un frontal de altar de plata cincelada á la catedral de Civita di Castello en Umbría, y en 1166, Gonamene y Adeodato ejecutaban los bajos relieves de la puerta principal de San Andres en Pistoya.

Generalmente, fuera de Toscana los escultores son muy inferiores en la ejecucion, y sus composiciones tienen mas de dibujo que de bajo relieve. No queremos concluir ántes de haber hecho notar la devota inspiracion que con frecuencia atestiguan las artes, mientras conservaron su carácter religioso; pero despues de estar dedicadas por mucho tiempo á erigir y adornar los templos de Dios, pasaron á hermosear las habitaciones de los hombres. Bufalmacco decia que los pintores « se ocupaban en » pintar santos y santas en las paredes y maderas para hacer de este modo mas devotos » y mejores á los hombres, á despecho de los » demonios. » Una inscripcion al pié del cuadro (1), ó la efigie del mismo pintor orando, de-

(1) Juan de Pisa en San Andres de Pistoya escribe:

Laude Dei trini rem ceptam copulo fini.

En Pisa:

Laudo Deum verum, per quem sunt optima rerum,
Qui dedit has puras homin formare figuras.

bian eternizar la idea de su devocion. Aquel Teófilo, de quien hemos hablado, para trabajar sus cuadros tenia á la vista pinturas religiosas, vasos sagrados, misales y las vidrieras de las iglesias, y de aquí resulta que no solo presenta la mayor elevacion de espíritu en la proporcion, sino que en cada uno de sus rasgos parece que el artista levanta su alma á Dios, *de quien emana el arte*, y considera su propia profesion como un encargo divino. Por recompensa de los trabajos que le costó escribir su libro, solo pide que hagan por él una piadosa oracion (1). Los estatutos del arte de los pintores sieneses del año 1355 principiaban así: « Nosotros somos, » por la gracia de Dios, los que manifestamos á » los hombres rústicos que no saben leer las » cosas milagrosas hechas por virtud y en virtud » de la santa fe, y nuestra fe está fundada principalmente en adorar y creer en un Dios eterno, » un Dios de infinito poder, infinita sabiduría, » infinito amor y clemencia, y ninguna cosa » por pequeña que sea puede haber tenido principio ó fin sin estas tres circunstancias: sin » poder, sin saber y sin querer con amor. »

En Castel San Pietro cerca de Pisa:

Magister Johannes... fecit ad honorem Dei et sancti Petri apostoli;

En San Pablo extramuros:

Summe Deus, tibi hic abbas Bartholomeus
Fecit opus fieri, sibi te dignare mereri.

Duccio de Buoninsegna bajo de la cúpula de la catedral de Siena escribió:

Mater Sancta Dei, sis causa senis requiei.

Gelasio de Nicolas en Ferrara:

Jesus spos dilect. a ti me encomienda, doname fe.

(1) « Ut quoties labore meo usus fueris, ores pro me ad misericordiam Dei omnipotentis. »

EPILOGO

Entre las muchas dificultades de mi trabajo, que verdaderamente exceden á la fuerza de un solo hombre, y de las cuales no puedo tener otra complacencia que la de que el lector comprenda que las encontré y las vencí, una de las mayores ha sido la de reducir los acontecimientos á tal orden, que entre los de diferentes países ó naciones aparezca un encadenamiento de consecuencia y concomitancia, sin alterar por esto su valor ó forzar su significacion, como se han visto obligados á hacerlo aquellos que sacrifican la verdad á su idolatrado sistema.

En ninguna parte me resultó tan ardua esta tarea como en los dos últimos libros; culpa ademas de mi impericia, de la naturaleza de los hechos que tuvieron lugar en estos siglos, pues que jamas tal vez se consumaron tantos y tan

diversos, ni se vió tanta mezcla de naciones, de creencias y de ideas.

Se disputaban el triunfo de la civilizacion Roma, Constantinopla y Bassora; pero Constantinopla, encadenada á las formas paganas, entre las cuales habia nacido su imperio, procuraba reunir los poderes políticos y religiosos en el soberano, el cual por esta razon intervenia con intolerancia en el culto y en las creencias, y pretendiendo borrar las imágenes devotas ó decidiendo intrincados problemas de fe, alborotaba las conciencias, perdia algunas provincias y toda su reputacion. Mientras los reyes en Europa estaban embarazados por los feudatarios y por el poder eclesiástico, los sucesores de Constantino disponian libremente de las fuerzas de su territorio, todavia muy extenso, comparado

con el de cualquier imperio moderno, y de donde debían esperarse prodigios de fuerza; pero precisamente como tiranos eran insensatos; á las mas orgullosas pretensiones acudían con remedios insuficientes, y en la altivez que inspira una histórica grandeza, no buscaban el apoyo de la opinion, de modo que jamas supieron aunar los pueblos para resistir la invasion musulmana, que los había convertido en héroes. Todo lo querían centralizar, todo sacrificarlo á la metrópoli. Y de este modo se construía un edificio suntuoso, pero poco sólido y sobre carcomidos cimientos. En medio del harem á la oriental, se acaloraban en las disputas de la antigua sofística, y dejábanse llevar de las intrigas de serrallo, entre las cuales desaparecía toda estimación á la dignidad imperial. De aquí resultaba que las provincias remotas sacudían su dependencia; ya aisladas llegaban á ser presa de los Sarracenos, y el rey de una isla del Mediterráneo podía venir hasta los muros de Blacherna á insultar la sagrada majestad.

Mahometa contaba precisamente con los elementos que faltaban al imperio oriental, la persuasión y la fuerza. Operaba con gentes nuevas, así como aquel con decrepitas. Pero ¿qué traía al mundo sino la conquista y el derecho de la espada? Por esto vemos que sus prosélitos salen de la península nativa como una manada, que donde quiera que se traslada permanece acampada con a pecto conquistador, y con una superstición fanática y negativa al mismo tiempo oprime á los sojuzgados, y no amalgamándose con ellos, nunca llegan á ser un solo pueblo; antes bien su triunfo y hasta la duración de él solo se deben á la debilidad de los que los rodean y á su tolerancia.

Amenazada la Europa, pronto vino á chocar con ellos, y aunque las Cruzadas no principian ya con el *Dios lo quiere!* de Clermont, ni concluyen con San Luis en el litoral de Túnez, sin embargo, la lucha comenzada por Pelagio y Heraclio prosigue hasta hoy; es una guerra de doce siglos, que conmueve la mitad del mundo. El contacto hizo resaltar la diferencia entre los Europeos y los Orientales. El Turco, todavía avaro, desdeñaba toda cultura y dulzura de costumbres y volvía el islamismo á su primitiva fiereza: los Griegos, corrompidos, sofistas, de mala fe é incapaces de heroicos sentimientos, no conocían aquella grande oportunidad de regenerarse, y por viles celos impedían con perfidias y bajezas el triunfo de la Cruz. Entre los nuestros, groseros siempre y tal vez tambien feroces, aparecían sin embargo destellos de generosidad, como sucede entre gentes sin educación, pero jóvenes, codiciosos de gloria, sensibles al honor y capaces de grandes sacrificios. Los Griegos habían convertido la religion en un campo de intrincadas disputadas: los Europeos la veneraban, como cosa incontrovertible, y se dejaban dirigir por ella en sus empresas, fijar en sus creencias, y atemperarse en el uso de la fuerza. Entre los primeros, era compañera y

esclava de la tiranía; entre los segundos estaba asociada con libertad, y oponiéndose á la prepotencia, ordenaba un sistema de leyes que mejoraba el derecho antiguo y le hacía un verdadero modelo. Allí el sacerdocio estaba arraigado en la familia y era esclavo del gobierno; aquí, separado del poder material y vigorizado por las privaciones del celibato, podía arrojar, sin mundanos respetos, á combatir en las batallas de Dios.

Los Mogoles aparecieron en este gran litigio en cuarto lugar. Así como las revoluciones de la superficie de la tierra provienen de las que íntimamente se ocasionan por el demasiado calor ó por el enfriamiento central, así los mayores movimientos de los pueblos de Europa siempre parecen determinados por los que acontecen en el corazón del Asia. Pudiera decirse que las naciones bárbaras de estos países están destinadas á destruir las instituciones cuando llegan á hacerse antiguas, y á fin de que puedan oportunamente acudir al llamamiento de la Providencia, no se arraigan en su suelo, sino que continúan aquella vida nómada, donde cada uno adquiere confianza en sí, porque se ve obligado á continuos esfuerzos contra las otras tribus y contra la naturaleza. De esta condición resulta naturalmente la absoluta obediencia á sus jefes, y si alguno de estos predomina, lejos de pensar en resistirle, se apresuran á llamarlo como protector. Así se forman de improviso aquellos vastos imperios y de improviso desaparecen.

Cinco siglos no bastaron á reparar la destrucción que en cinco años causó Gengis-Kan desde el Caspio hasta el Indo, y sin embargo, aquel homicida contribuyó á la civilización, sustituyendo un extenso campamento á tantos pequeños que sin tregua se hostilizaban, y guiándolos á lejanas expediciones, puso término á las batallas entre los Viguros, los Khitanos, los Carismitas y las innumerables hordas tártaras. Para resistirlos, se reunieron formando naciones las tribus turcas en Siria y Persia, otro tanto ocurrió con los Rusos, y cien pueblos se confundieron en un imperio, que abrazaba la China, la Persia, la Tartaria y parte de Europa. Fué un gran progreso para los Tártaros que se introdujese entre ellos el islamismo, porque disminuyó su ferocidad, mientras que el mismo islam, que parecia haciéndose oculto, recobró nueva energía entre los Mogoles y Turcos, que volviéndolo á su primitiva barbarie, le restituyeron su potencia guerrera.

Al peligro que amenazaba la Europa opusieron un dique las Cruzadas, fiel expresión del carácter guerrero y religioso de aquella edad. Para algunos eran estas un impulso de devoción, para otros un cálculo de política, ó ardor de viajes, de descubrimientos, de tráfico y de aventuras, y para todos el volver la atención hácia aquel Oriente de donde, como decia Napoleón, vienen todas las grandes glorias.

De aquí resultó una portentosa mezcla de per-

sonas, de ideas y de creencia, cual jamas se había visto en la antigüedad. Conrado, emperador de Alemania, contrajo parentesco con Manuel Comneno, emperador griego; el rey de Francia casó una de sus hijas con el César bizantino; Sancho de Navarra pidió por esposa á la hija del jefe de los Almohades; Enrique VI, casándose con la heredera de los Normandos, unió el imperio con la Sicilia, isla árabe; Ricardo Corazón de Leon ofreció su hermana á Malek-Adel, del cual se hizo compañero de armas; Saladino pidió el cingulo de caballero; Juan Sin Tierra ofreció á los Almohades hacerse musulman si lo socorrian; Federico II era medio musulman, con su universidad sarracena, sus guardias tambien sarracenas, y su serrallo al estilo árabe; en el reino de Nápoles estableció colonias mahometanas y tenia por su mejor amigo al sultan de Egipto; señores lorenenses se ciñeron la corona de Jerusalem, y barones de Italia y Francia fundaron señoríos en Asia, y llegaron hasta sentarse en el trono de Constantinopla. Entretanto, cuerpos de Alanos y Kaptchakos hacen la guerra en Tonquin; ingenieros chinos dirigen las operaciones militares sobre el Tigris; Tártaros é Indios enseñan en la China el culto de Fo y la jerarquía de los lamas, mientras que los mahometanos ingertan sus creencias en el bramismo y difunden en la Siria y en la Persia dogmas que se aproximan á los de la Encarnación. Los imanes mahometanos disputan con los discípulos de Confucio y con los frailes de San Francisco; Averroés y Aristóteles se asocian en la escolástica; la Persia envía el maniqueísmo á contaminar la Iglesia, y sus imaginarias invenciones á avivar los romances de Francia; en Europa las tres ó cuatro naciones que se hallaban mas adelantadas, saliendo de su aislamiento, cambiaron de sentimientos y de ideas.

Bajo influencias tan diversas se desarrollaba la civilización europea. Dos grandes ideas dominaban entónces, que deben estar en la naturaleza humana, puesto que todavía viven en gran parte: una, que todo poder, todo derecho, todo privilegio emana del suelo; otra, que la Providencia ayuda continuamente á los progresos de la humanidad, ya sea en la persona del rey, ya mayormente en la de los sacerdotes, que por esta causa adquirieron tanto poder. Sobre la primera idea está fundado el feudalismo; de la segunda nace aquella fe que es la llave de toda la historia de la edad média. De aquí los dos sistemas dominantes: uno, que procede del feudalismo y del rey, de quien este depende, y otro de la Iglesia de Dios inmediatamente; aquel de autoridad, este de libertad.

La gran influencia de la religion en aquel tiempo la atestigüa el gran número de los que se hacían monjes, deponiendo las grandezas humanas, y renunciando los afectos domésticos, tanto que en solo la historia de Abelardo, tenemos á su padre Berengario, que abandonó esposa é hijos para morir fraile; Lucía, su mu-

jer, que le imitó; Abelardo tambien; su amiga que fundó el Paraclete, donde tomaron el velo sus sobrinas Águeda é Ines, y parece que tuvo igual fin su hijo Astrolabio. Tambien florecieron entónces muchos Santos, y no hemos temido detenernos al tratar de ellos, ya estuviesen en el trono ó en el claustro, porque son los verdaderos héroes populares. La fundación de un monasterio era un acontecimiento tan notable como la de un reino; las congregaciones monásticas, tanto antiguas como modernas, tenían reglas que servían de norma en la infancia de las instituciones políticas; allí estaban las escuelas, allí el asilo de la cultura, allí la memoria de los hechos y la tradición literaria.

Mientras que así los particulares se industriaban en el perfeccionamiento privado, los papas procuraban el de la sociedad, y conociendo mejor los malos elementos de la conquista, los santificaban y civilizaban; propagaban la moral, consagraban la igualdad, declamando en favor de los esclavos, elevando hasta las primeras dignidades á ínfimas personas, porque reunían ciencia y virtud, y oponiéndose al imperio que, desconociendo su origen, pretendía confundir las dos potestades y someter la conciencia á la espada.

¡Qué espectáculo tan inusitado en el mundo ver á los pontífices armando toda la Europa en nombre de una idea! ¡qué magnífico triunfo para la religion verla domar las fieras costumbres de los caballeros, instituyendo las órdenes militares, é imponer á los orgullosos guerreros la disciplina de los regulares cenobitas.

Pero en toda la vida feudal falta la delicadeza y se presentan perpetuos contrastes de rudeza y cortesanía, de barbarie y de humanidad; de modo que basta mirar aquel tiempo bajo un solo aspecto para encontrar en él el colmo de la fiereza ó el de la santidad.

Entretanto surgían dos fuerzas contra el feudalismo, la monarquía y los Comunes: aquella tendía á establecer un gobierno central, estos á formar la nación; ambas cosas faltaban al feudalismo. Por esto la importancia de aquellos siglos no consiste en las grandes guerras, sino en pequeños conflictos entre los Comunes y feudatarios, en la universal contienda de los soldados con sus jefes, de los barones con sus vasallos, del despotismo con la libertad; y los matrimonios, las confiscaciones, las infidencias y las excomuniones restringían ó aflojaban el nudo nacional.

Ningun país del mundo presentó hasta este tiempo aquel insigne espectáculo de prolongados y constantes esfuerzos, hechos por una gente vencida y sin nombre, la cual se rehace y todo lo reforma, y no solo muda los gobiernos, sino hasta el orden social. La India, conquistada y reconquistada, no cambia la jerarquía de sus castas, y todavía el sudra y el paria gimen en la pobreza y en el oprobio: la China atrae los conquistadores á su elegante puerilidad: los pueblos sojuzgados por los